

Memorias sobre la Universidad de Buenos Aires durante el primer peronismo (1946-1955)

Hernán Comastri*

Introducción

El gobierno de Juan Domingo Perón (1946-1955) fue, sin dudas, un parteaguas en la historia argentina del siglo XX, y como tal ha recibido especial atención desde la investigación de las ciencias sociales. Sin embargo, los desarrollos han sido muy dispares entre las diversas subdisciplinas de la historia. Así, un simple estado de la cuestión sobre la historia de la ciencia durante este período permite comprobar que una gran parte de la producción historiográfica dominante tiene mucho de testimonial y poco de verdadero análisis de fuentes. En alguna medida esto responde a que el relativo desinterés de los historiadores por el tema (de hecho, considerado durante mucho tiempo como un “no-tema” para la investigación histórica) implicó que gran parte de la historia de la ciencia en Argentina haya sido escrita por físicos, químicos y otros científicos interesados por el pasado de su propia disciplina, pero en los que puede advertirse una seria ausencia de algunas de las herramientas, métodos y reglas básicas del quehacer historiográfico profesional. Producción historiográfica que, a su vez, se encuentra en estrecha relación con una memoria consensuada por la comunidad científica argentina sobre la época aquí estudiada.

Lecturas canónicas de la universidad peronista

La Historia de la Universidad de Buenos Aires, de Tulio Halperín Donghi (1962), fue tal vez el primer texto de un reconocido historiador argentino que supo aprehender (y a su vez, influir so-

bre) la memoria construida desde la comunidad de científicos de las ciencias exactas y naturales sobre la universidad peronista. Si bien su objeto de estudio, como el mismo título lo indica, queda acotado a una sola universidad y el período abarcado es mucho más amplio, la extrapolación de sus metodologías, descripciones e interpretaciones ayudó a moldear a toda una generación de investigadores de la historia de la ciencia en Argentina. Influencia que proviene, en buena medida, de la enunciación de un particular clima de época del que el propio Halperín era parte.

Prestaremos aquí especial atención al capítulo 4, que cubre el período 1930-1955 y se titula: “Crisis de la nación. Crisis de la Universidad”. Esta periodización, coherente con otros trabajos de Halperín, incluye al fenómeno peronista en un proceso social más amplio: la búsqueda por parte de la sociedad argentina de una forma alternativa de organización económica, política y social luego de la crisis del sistema liberal y agroexportador en 1930. Así, el peronismo (y específicamente el peronismo que actúa sobre la Universidad) queda incluido en el conjunto de proyectos autoritarios que se suceden y compiten entre sí desde el golpe de Uriburu; si el ascenso del GOU en 1943 divide el capítulo en dos, el principal motivo para esta división es que a partir de entonces se aplicaría “por primera vez con notable espíritu de sistema lo que la revolución nacionalsocialista alemana [...] llamó la *Gleichschaltung*, la puesta a tono de todas las actividades nacionales con la nueva tónica revolucionaria” (169). Es decir que lo novedoso del momento no habría sido el particular proyecto impulsado desde el gobierno, sino más bien sus intenciones totalitarias, la ne-

* Licenciado y doctor en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA e investigador con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” (UBA-Conicet). Es docente de la UBA y se ha desempeñado como profesor invitado en distintas universidades nacionales y privadas. En su investigación doctoral y posdoctoral se ha especializado en la imaginación técnica popular de la Argentina de mediados del siglo XX, tema sobre el que ha publicado numerosos trabajos académicos.

gación de la posibilidad misma de la existencia de espacios autónomos, y más específicamente la imposibilidad de una Universidad autónoma. Las referencias a la experiencia alemana y la comparación del régimen peronista con el nazismo son repetidas y subyacen como la explicación de fondo para los enfrentamientos políticos entre los principales referentes de la Universidad y el movimiento liderado por Perón.

En este sentido, la *Historia de la Universidad de Buenos Aires* es esencialmente una historia política, siendo la Universidad apenas un ámbito más donde se evidenciaría la resistencia a una ideología “incompatible con la tradición político-cultural argentina, tal como se había elaborado a partir de 1810” (167). Sus protagonistas son, por una parte, un movimiento estudiantil dividido entre humanistas y reformistas pero unificado en su oposición al peronismo, y por otra los científicos más destacados de la casa de estudios, representados por la figura de Bernardo Houssay, premio nobel de 1947: su militancia antiperonista y sus reconocimientos internacionales son usados como ejemplos explicativos de las conductas del gobierno hacia la UBA, motivadas por la envidia de los mediocres y el deseo de venganza por los agravios recibidos desde una universidad que supo nutrir las filas de la Unión Democrática. Como contrapartida se remite al Estado peronista como a un bloque homogéneo y monolítico, representado en su conjunto por los militantes conservadores y católicos que actuaron como interventores en la UBA. Actuación que es vista, por otro lado, como la invasión de un cuerpo extraño, un “enemigo”: “Habiendo entrado a la Universidad como a plaza vencida, el nuevo régimen la trató entonces, durante sus casi diez años de vigencia, como a plaza vencida” (188).

La idea del peronismo como algo externo a la Universidad es reforzada por la negación de cualquier tipo de movimiento estudiantil oficialista o la caracterización de “flor de ceibo”⁷⁰ impuesta a

70 Existen diversas hipótesis sobre el origen del término, no así sobre su significado. Una de esas explicaciones remite a la política oficial de control de precios máximos: en la práctica, el consumidor podía reconocer aquellos

cualquier miembro del claustro docente que simpatizara con el gobierno de Perón. Las organizaciones estudiantiles impulsadas por el peronismo son desestimadas como simples apéndices del Estado, su acción dentro de la Universidad, como “ficción de vida universitaria” (Halperín Donghi, 1962: 194). Lo mismo ocurre en el análisis de las distintas normas apuntadas a reformar la Universidad de la época: de ellas sólo se destacan los artículos (reales, por cierto) que apuntan a una mayor injerencia del Estado y del partido en perjuicio de la autonomía universitaria.

Este panorama es presentado sin distinciones entre facultades. Lo que es más, breves referencias a otras casas de estudio que viven experiencias similares sugieren la idea de que lo estudiado para el UBA es, a grandes rasgos, generalizable a las demás universidades del país.

En 1984, Carlos Mangone y Jorge A. Warley publicaron *Universidad y peronismo (1946-1955)*. En plena apertura democrática, los debates contemporáneos por la reconstrucción de una Universidad devastada y su vinculación con la sociedad se vieron reflejados en la investigación histórica. Pero aunque la gran mayoría de los historiadores de la época volvía la mirada hacia la llamada “Edad Dorada” de la Universidad (período a grandes rasgos comprendido entre 1955 y 1966), los autores se concentraron en la etapa inmediatamente anterior para realizar, desde una perspectiva de izquierdas, una evaluación crítica del proyecto peronista para la Universidad. He aquí un primer problema: lo que en Halperín era una sugerencia implícita en la propia narrativa, ahora es un punto de partida no problematizado, y reconstruir la historia de la UBA se convierte en sinónimo de entender lo que sucedió en la universidad argentina (una tendencia presente en numerosos trabajos sobre el tema). El estudio en el que ahora nos concentramos tiene como objetivo el análisis de las

productos a los cuales se les había fijado un precio tope porque los mismos llevaban impresa una imagen de la flor nacional. A partir de entonces (y a causa de los polémicos resultados de esta política) la flor de ceibo se convirtió, para el antiperonismo, en sinónimo de manejo estatal y mala calidad.

prácticas y publicaciones de los organismos estudiantiles de la Facultad de Filosofía y Letras, pero analiza las mismas en relación con actores y procesos de alcance nacional. Así, la protagonista privilegiada de la época es la Federación Universitaria Argentina y no el centro de estudiantes de la facultad. De la misma manera, a través de la lectura de las mencionadas publicaciones se discuten temas de alcance mucho más amplio (como el crecimiento de las matrículas universitarias, las políticas de ingreso irrestricto y democratización de la educación superior, los “cuellos de botella” del sistema académico, las leyes del peronismo apuntadas al área, etc.) y se sacan conclusiones sobre el conjunto de las políticas universitarias.

La perspectiva de la investigación sigue siendo, como en el libro de Halperín, la de una historia política. Las iniciativas gubernamentales analizadas son incluidas principalmente por las respuestas que merecen desde el movimiento estudiantil, y en menor medida por el valor de las iniciativas mismas. Los protagonistas de este proceso de lucha son, también, los mismos: el movimiento estudiantil, por un lado, y un Estado que actúa desde fuera de la Universidad, por el otro. Este último, por otra parte, sigue estando representado por católicos, nacionalistas y filofascistas que actúan como autoridades interventoras o docentes, pero que no tienen real ascendencia sobre el movimiento estudiantil. Mangone y Warley, a diferencia de Halperín, reconocen aquellas medidas (sistemas de becas, inauguración y remodelación de edificios, el proyecto de Ciudad Universitaria, etc.) que reflejarían “cierta preocupación del gobierno peronista para albergar a una población universitaria en constante crecimiento”, pero que “rápidamente [hacia 1950] comenzaron a agotarse” (31), así como el establecimiento de la enseñanza gratuita en 1949 y los planes de extensión universitaria firmados con la Dirección General de Agua y Energía Eléctrica o el Ministerio de Obras Públicas (aunque “este tipo de práctica no se dará de forma coordinada y sistemática, y los ejemplos dados terminarán siendo una anotación marginal” [32]). El panorama general, sin embargo, es nuevamente el de un estancamiento o retroceso de las ciencias.

El trabajo de fuentes más sistemático realizado por Mangone y Warley respecto del texto de Halperín no representa una ruptura con sus hipótesis centrales, sino más bien una profundización de la investigación bajo sus líneas directrices. La principal de estas influencias se corrobora en los temas considerados de interés para el estudio académico. La historia del movimiento estudiantil opositor, los enfrentamientos políticos que tienen como objeto a la Universidad y sus intervenciones, los grandes referentes de las ciencias y de la academia perseguidos por el peronismo o simplemente aislados: todas ellas son problemáticas que, en un campo historiográfico muy incipiente, tuvieron un desarrollo relativamente extenso.

Estas lecturas, sin embargo, desbordan los límites de la disciplina histórica y se extienden hacia aquellos científicos (físicos, químicos, etc.) que ocupan los espacios que la historiografía profesional dejó vacantes en la historia de la ciencia argentina y que, específicamente, buscan reconstruir la historia de sus propias disciplinas. Esto es lo que ocurre con las biografías de los “grandes hombres” de la ciencia argentina, siempre vinculados a una historia institucional de la que fueron parte fundante. A lo largo de este trabajo se analizarán al menos cuatro libros que representan buenos ejemplos de esta tendencia. El trabajo de Marcelino Cerejido (2001) enlaza su propia historia personal con la de Bernardo Houssay y la del Conicet; Omar Bernaola (2001), las de Enrique Gaviola y el Observatorio Astronómico de Córdoba; Arturo López Dávalos y Norma Badino (2000), las de José Antonio Balseiro y el IFB; Mario Mariscotti (2004), las de Ronald Richter y el proyecto Huemul. Si bien el centro de estos estudios no es la Universidad, todos la incluyen en su narración, y coinciden con Halperín en la caracterización general del peronismo y en la de sus (como mínimo) inadecuadas políticas hacia el desarrollo científico.

Una crítica desde la historia oral

Una primera crítica que puede hacerse a estas líneas de investigación es de carácter metodológico: una historia basada en testimonios

debe, necesariamente, problematizar el recuerdo y el discurso de las fuentes orales que construye⁷¹ y utiliza. En este sentido, si se entiende a las memorias individuales como parte de una memoria mayor, colectiva, que las limita y condiciona (Halbwachs, 2004), es posible entonces analizar las mismas para observar aquellos aspectos que en el relato personal son resaltados, relativizados u “olvidados” en pos de sostener la visión consensuada por el grupo.

Para el caso específico de la memoria sobre la política científico-tecnológica y de la historiografía sobre el decenio peronista que va de 1946 a 1955, este consenso caracteriza al período como de estancamiento o retroceso académico en un sentido amplio, y más puntualmente en el ámbito universitario. Siguiendo la misma lógica, la caída del gobierno peronista es tomada como la condición necesaria para el desarrollo de las potencialidades de la ciencia argentina que, para el caso específico de la UBA, desembocarían en la llamada “Edad Dorada” que se extiende hasta la intervención de 1966. Esta visión cumple tanto la función de “historia oficial” académica como la de recuerdo vivo de los miembros del movimiento estudiantil de la época, coincidencia que permite inferir que ambos registros no actúan de forma completamente independiente y aislada.

En términos generales, en ambos casos la mediocridad académica del primer período encuentra una explicación de carácter político: la persecución de los opositores en los claustros universitarios y su reemplazo por profesores o dirigentes estudiantiles adictos. Lógicamente, entonces, lo que habría posibilitado el posterior desarrollo habría sido la recuperación del autogobierno y de criterios puramente académicos para la selección del personal docente. En este proceso el movimiento estudiantil supo tener un papel protagónico que se concretó en

71 La memoria de un testigo es inaccesible al historiador excepto a través de la entrevista, espacio en el que interactúa necesariamente con el investigador que pregunta, se interesa o deja ver posturas propias sobre ciertos temas. Es en este sentido que las fuentes orales se “construyen” en la práctica misma de la entrevista.

la oposición a las políticas oficiales dentro de la Universidad, en la posterior toma de facultades y en su reorganización luego de septiembre de 1955. El análisis de los testimonios de los participantes de este movimiento nos ofrecerá, entonces, la posibilidad de adentrarnos en las formas específicas en que estos consensos fueron creados y reproducidos a lo largo del tiempo.

La naturaleza de las fuentes seleccionadas, por otra parte, ha determinado el material bibliográfico con el cual las mismas han de ser contrapuestas. Si bien el consenso al que se ha hecho referencia anteriormente puede ser discutido en la historiografía actual, resultaría inútil usar la misma para analizar fuentes orales construidas en la segunda mitad de la década del ochenta, cuando justamente lo que se trata de hacer es observar la relación sincrónica entre un determinado consenso historiográfico y la memoria de los protagonistas del campo estudiado. Así, se ha optado por obras ya ampliamente aceptadas en la época: para una perspectiva amplia, el trabajo de Halperín, y para un estudio más específico, el de Mangone y Warley. Y viceversa: al concentrarse la bibliografía citada en la historia de la UBA, las fuentes orales fueron seleccionadas por su pertenencia a aquella institución.

La “contrarreforma”: grupos católicos y “nacionalistas”

Según Mangone y Warley, la contrarreforma fue un proceso llevado adelante por grupos católicos, conservadores y militares en contra de los ideales y las conquistas de la Reforma Universitaria de 1918. Dicho proceso tendría origen con el golpe de Estado de 1930 y llegaría a su punto más alto en 1943, nuevamente vehiculizado por las fuerzas armadas. Si bien el peronismo se diferenciaría en muchos aspectos de las políticas anteriores, los autores consideran que las continuidades priman sobre las rupturas, y que el período 1946-1955 puede ser entendido como una etapa más de esta contrarreforma.

Así, la universidad peronista es incluida en una narración de más larga duración, que comienza con la Reforma en 1918 y es interrumpida

por la intervención de Onganía en 1966. Es por este motivo que la razón de la oposición de la intelectualidad académica y el movimiento estudiantil al gobierno de Perón se centra necesariamente en motivos de nivel académico y de respeto a los ideales reformistas, porque los mismos son los ejes articuladores de la narración del período entero. Así, partiendo del resultado de una facultad de nivel internacional en la primera mitad de la década del sesenta, se llega a la conclusión de que la oposición al peronismo se debió a la necesidad de superar los límites que este imponía al desarrollo de sus potencialidades. Pero cuando esta perspectiva de análisis historiográfico se convierte en reinterpretación del propio recuerdo de los protagonistas de este proceso, se hace evidente que dicha operación es necesariamente posterior a la toma de posición frente al gobierno en el momento mismo en que este actúa sobre los intelectuales, docentes y el movimiento estudiantil; la causa primera de la oposición de los mismos fue, más bien, de naturaleza política antes que académica, como algunos de los testimonios admiten abiertamente:

Hacer política en la Universidad de Buenos Aires en general sería, bueno, tratar de que las ideas democráticas que cada uno tiene, plasmarlas en una mejor calidad de educación, si usted quiere. Esa es la idea teórica. En cambio, en la etapa que nos tocó vivir a nosotros, si bien eso era cierto, era netamente secundario y yo le diría, el último punto. Porque era la “excusa” de hacer una mejor educación, pero para hacer una mejor educación, teníamos que barrer con todo lo otro y teníamos que tratar de lograr que el país esté en una senda democrática (Ghioldi, 1989: 16).

Hasta fecha tan tardía como 1955, el peronismo seguía siendo leído por los entrevistados (que de ninguna manera representan en este sentido una excepción dentro de la intelectualidad opositora o aun dentro de la clase media en un sentido amplio) en clave nazi-fascista. La oposición, sin embargo, no nace sólo de esta extrapolación sino principalmente de las prácticas concretas del gobierno hacia la universidad y su

movimiento estudiantil.⁷² En este sentido, líneas divisorias similares son trazadas dentro de la universidad: “tenía una enorme influencia el fascismo italiano aquí en el catolicismo argentino. Normalmente los católicos en la Universidad se aliaban o pertenecían a grupos de nacionalistas de derecha que algunos le llamaban nazionalistas con z” (Ivanishevich Machado, 1989: 2).

La memoria de los protagonistas y la historiografía dominante en la época coinciden a tal punto a la hora de describir el “clima” de la universidad peronista que permite preguntarnos por la relación entre los dos discursos. Con esta justificación se cita a continuación un extenso fragmento del trabajo de Halperín Donghi (1962):

Así, el Centro de Estudiantes de Ingeniería podía ser expulsado de su sede en la Facultad: alquilaba, luego adquiría un local fuera de ella; despojado de su existencia jurídica, se reconstituía con nombre levemente distinto... En medio de esas duras experiencias le permitía sobrevivir la adhesión inquebrantable del cuerpo estudiantil. Las persecuciones arreciaron: el gobierno pasó a exigir certificado de buena conducta, para poder proseguir estudios. Suspendió y apresó, descubrió vastas conspiraciones (según las simpatías internacionales dominantes en el momento), acusó, en carteles infinitamente repetidos en las paredes de la ciudad, a estudiantes designados con su nombre y apellido, de estar al servicio asalariado de Estados extranjeros. Torturó, también, en algunos casos con tanta torpeza y en tan excepcionales circunstancias, que las torturas a un estudiante provocaron una seria crisis política. Eliminó, sin resolución alguna, a algunos estudiantes de ciertas Facultades, mediante el sencillo expediente de destruir (o, como se vio luego, sólo apartar) las constancias de que en efecto se habían inscripto en ellas y en

72 Para una reconstrucción histórica desde el punto de vista opositor entre los estudiantes ver: Almaraz, Corchon y Zemborain, 2001.

ellas habían cursado estudios. Introdujo cursos obligatorios de “formación política”; absurdos cursos que entregaban a un profesor inerte a una muchedumbre colérica (191).

Cada uno de los elementos mencionados por Halperín es repetido en los testimonios, presentados siempre desde la misma perspectiva.

Albi Gelon (1988) recuerda la “desaparición” y posterior aparición de Ernesto Mario Bravo, estudiante y militante comunista, dejado en libertad pero muy “deteriorado, creo que con un parietal roto...” (1); la instalación del Centro de Estudiantes en un departamento cercano a la Facultad con los aportes de los egresados; las campañas de difamación: “empapelaron la ciudad varias veces con afiches que decían estos son [...] los que reciben dólares yanquis [...] y entonces había una lista y yo estaba en esa lista, y a los dos meses apareció [...] otro afiche por los lugares cercanos a la Facultad de los que reciben rublos, y también estaba yo y los mismos que estábamos en la otra [se ríe]” (6); las clases de formación política: “eran clases en las cuales venían diputados y dirigentes peronistas a darnos clases sobre qué era el justicialismo, clases obligatorias en el currículum de la carrera. En mi Facultad no se dieron nunca [...] Porque cada vez que se iba a dar una clase hubo que suspenderla, nunca se pudieron dar” (7); y finalmente la expulsión de muchos “dirigentes, yo entre ellos”, que se llevó adelante “por el simple trámite de sacar el legajo del alumno, el alumno no había existido” (7). El testimonio de este único militante estudiantil de la época remite, idea a idea, al texto de Halperín.

Otros testimonios recuperan también algunas de ellas. Américo Ghioldi (1989), por ejemplo, recuerda las clases de orientación política y se extiende en el relato del momento en que uno de los profesores de la carrera se ve obligado a comunicarle que aparentemente no hay registros de que él alguna vez haya sido parte de aquella Facultad: “tuve que ir a Uruguay, como algunos otros amigos de Medicina y Derecho, y que por suerte Uruguay tuvo la gentileza de creernos, bajo juramento, que habíamos sido estudian-

tes, porque en ese momento algunos no tenían la libreta de estudiantes. Se las habían retenido, entonces, en el caso mío también, por dar esta materia que le decía, la recuperé años más tarde” (8). Gregorio Klimovsky (1988) recuerda la “imposibilidad” de conseguir los certificados de buena conducta para seguir estudiando (3). Ivanissevich Machado (1989) también recuerda los cursos de formación política:

Quando llega a triunfar la tesis justicialista de politizar la Universidad [...] se cae en algo, encaja diría yo, en la exageración contraria frente al apolitismo que habíamos encontrado en la Universidad. Se cae en una política partidista y en una visión muy chata de las cosas. Yo que conocí, soy de la generación de Guevara, lo conocí cuando él era estudiante de Medicina, yo era estudiante de Ingeniería, y nos hemos visto algunas veces, los dos nos apuramos para recibirnos para no tener que dar Formación Política, justo se había implementado ese año (10).

Si bien es más que lógico que ciertas experiencias sean comunes a todos los estudiantes de una misma facultad en un mismo espacio de tiempo, llama la atención que a la hora de sistematizar una memoria coherente sobre el período los entrevistados coincidan a tal punto con la visión historiográfica dominante, que elijan y jerarquicen (ya sea de forma consciente o inconsciente) de idéntica manera los hechos de la época. Por ejemplo: ¿por qué el recuerdo de los cursos de formación política es tan espontáneo⁷³ para los entrevistados cuando ninguno de ellos jamás asistió a dichas clases (clases que, según Gelon, ni siquiera llegaron a dictarse en la Facultad de Ciencias Exactas)? Si, como plantea Alessandro Portelli (1991), “la mayor o menor

73 Es importante hacer una distinción entre distintos tipos de recuerdo para poder entender la jerarquía que los mismos construyen dentro de la memoria y la narración del entrevistado. Siguiendo a Philippe Joutard (1999): “Lo que constituye precisamente el interés del testimonio oral es la relación entre el recuerdo espontáneo, el recuerdo solicitado y exhumado, y el silencio. La ausencia es tan significativa como la presencia” (276).

presencia de materiales formalizados (proverbios, canciones, fórmulas y estereotipos) puede medir el grado en que existe un punto de vista colectivo dentro de la narrativa de un individuo” (40), podemos reconocer estas anécdotas y recuerdos “obligados” como fórmulas estereotipadas, de la misma manera que el profesor peronista responde al estereotipo del “flor de ceibo” antes de que algún entrevistado recuerde una vivencia personal que permita poner en duda la validez general de esa caracterización.

El hecho de marcar que estos elementos responden a un discurso formalizado no implica de ninguna manera discutir su veracidad o importancia. Entre los golpes de Estado de 1930 y 1943 los sectores conservadores, católicos y nacionalistas ganaron, en efecto, creciente influencia y espacios de poder dentro de la universidad. Lo importante, en cambio, es señalar que en la selección y jerarquización de sus propios recuerdos el individuo ya no se encuentra solo, sino que actúa en el interior de un determinado grupo social y a la vez como su vocero. En este caso específico, el grupo al que se hace referencia es mucho más amplio que el de los docentes y ex alumnos de la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA, pues incluye a toda una generación de profesionales universitarios, entre los cuales los historiadores no son una excepción. Muy por el contrario, en esa misma generación puede ubicarse a José Luis Romero⁷⁴ y al mismo Halperín, figuras centrales (junto a Gino Germani y otros) en la construcción de una determinada interpretación historiográfica sobre el fenómeno peronista. Los mecanismos específicos que unen esta interpretación académica con la narración oral de los protagonistas (y la apropiación de dicho discurso académico como memoria propia) son sin duda demasia-

74 Historiador de reconocida trayectoria, nombrado rector interventor de la UBA por las autoridades de la Revolución Libertadora en 1955, había sido cesanteado durante la intervención peronista a la UBA por su conocida postura opositora hacia el gobierno de Perón. En 1962 fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, desde donde impulsó una importante renovación historiográfica de la que también participó, entre otros historiadores, Tulio Halperín Donghi.

do complejos como para ser abordados aquí de una forma satisfactoria. De todas maneras, no es nuestro objetivo el análisis de la relación entre memoria e historiografía, sino simplemente demostrar que dicha relación existe, que tiene una importante influencia sobre nuestras interpretaciones del pasado y que su estudio propone un área de interés para la historia oral.

“Del otro lado del Sena”: Reformismo y Liga Humanista

El movimiento estudiantil tuvo un rol protagónico en la oposición al peronismo desde 1945, cuando participó activamente en la organización de la Marcha de la Constitución y la Libertad del 19 de septiembre y de la campaña electoral de la Unión Democrática, hasta el mismo año 1955 en el que tomó por su propia iniciativa las facultades y presionó a los docentes y autoridades peronistas para que presenten la renuncia. Aquí, “movimiento estudiantil” debe ser leído como aquel de tendencia opositora al gobierno, ya sea el reformismo o los sectores católicos alejados del gobierno nacional. La posibilidad de un movimiento estudiantil oficialista es descartada en la historiografía analizada como mero apéndice del Estado peronista dentro de la universidad. Otro tanto sucede en los testimonios de los entrevistados, que, a la vez que reconocen la existencia de estos grupos, le quitan representatividad y legitimidad: “yo diría que más que peronistas eran nacionalistas. Habían sido, en su gran mayoría, partícipes del nazismo, o de las ideas nazistas, entonces, continuaban con esa tradición, y todo lo que fuera “reforma”, era... del otro lado del Sena, como se acostumbraba a llamar” (Ghioldi, 198: 4).

Ahora bien, si los motivos de dicha oposición no responden a una crítica al proyecto (o ausencia de proyecto) académico de la universidad peronista, y si es válido, entonces, presuponer que muchos de los elementos negativos que los entrevistados recuerdan no influyeron en su toma de posición durante la época por ser incorporados en un período posterior a la memoria colectiva, ¿dónde buscar la explicación para mantener a lo largo de toda una década un en-

frentamiento tan desigual y que traería tantos perjuicios para el movimiento estudiantil? Es decir, si bien preexistía una crítica a la injerencia de “la política” (populista o, incluso, nacionalsocialista) en la academia (liberal), no queda claro qué explicación se daban muchos estudiantes y profesores para colocar al peronismo como enemistado con la universidad.

Una posible explicación podría remitirse a un enfrentamiento de tipo clasista entre los estudiantes, tradicionalmente de clases medias altas (muchos de los entrevistados incluso hacen referencia a una historia familiar dentro de la misma universidad, la misma facultad o aún la misma cátedra), y las clases bajas que, favorecidas por el peronismo también en el plano educativo, comenzaban a disputarle a las “antiguas clases privilegiadas” el espacio simbólico de la universidad, aun cuando esta disputa no pasara todavía al plano de una verdadera ocupación de los claustros (Mangone y Warley, 1984: 29). Al “alpargatas sí, libros no”, o al “muevan los estudiantes” que un grupo de obreros le gritó a Ivanissevich Machado desde una obra en construcción cuando lo vieron pasar por la calle cargando libros, se suma su propio recuerdo sobre dicho enfrentamiento en el ambiente universitario: “Es tan cierto que hubo una reacción de clase que fíjese que cuando se forman las Universidades Tecnológicas [en realidad, el nombre de la época es el de Universidades Obreras] [...] hay una reacción realmente muy grande porque se consideraba que era algo demagógico, que era querer convertir al capataz en ingeniero” (Ivanissevich Machado, 1989: 8).

En este testimonio, como en otros, puede encontrarse una clara distinción entre los hechos relatados y las opiniones actuales, producto tanto de un esfuerzo de distanciamiento del entrevistado como de la habilidad del entrevistador que lo permite y fomenta.⁷⁵ Cuando se alcanza

75 “Si la entrevista se realiza con habilidad y sus fines son claros para los narradores, a éstos no les resulta difícil hacer una distinción entre su personalidad pasada y la presente, objetivando la pasada como diferente de la actual” (Portelli, 1991: 46).

esta distinción entre persona pasada y presente es posible comenzar a divisar potenciales problemáticas que la narración consensuada colectivamente oscurece. Así, la experiencia de los años que median entre los hechos narrados y el momento mismo de la entrevista sirven para evaluar las decisiones de aquella persona pasada sin necesidad de comprometer a la presente. Por ejemplo, los años que siguieron a la caída del peronismo y la experiencia de la dictadura militar de 1976-1983, todavía fresca a fines de la década del ochenta, se filtran en el siguiente testimonio de Ivanissevich Machado (1989):

Una cosa es aquella época y otra cosa es hoy. Si hoy tuviera que hacer un curso de perspectiva a lo mejor era diferente. Yo en aquella época sería un hipócrita si le dijera que estaba en contra del golpe [de 1955] [...] Yo a esto ahora lo veo con una perspectiva histórica, viendo después todo lo que pasó, haciendo un análisis que a lo mejor ya es más sociológico de quiénes éramos nosotros, de dónde proveníamos, qué significaba, ahora sí con la palabra ideología mal vista, ahora sí utilizando la crítica marxista a la ideología (7).

También Albi Gelon (1988) revisa su propia actitud con respecto al golpe de Estado de 1955 (sobre el que bromea al llamarlo el “Día D”) pero desde una actitud mucho más defensiva:

no eran sólo los encarcelamientos sino que se perdían empleos públicos, se presiónaba a las empresas para que se lo despidiera del trabajo [...], no se podía ser profesor, no se podía ser nada [...] Entonces usted me dice “para que no se sienta demasiado culpable” [si bien Nora Pagano interviene para mostrarse comprensiva sobre los motivos que llevan al entrevistado a apoyar el golpe, no es ella la que introduce la idea de “culpabilidad”], y yo le digo que en esa situación mía en aquel momento, esa situación uno la vivía como un régimen sin salida [...] hoy y ahora, aquí a los 54 años, le puedo decir que había que tener más paciencia (9).

Esta separación de la persona a través del recuerdo está lejos de ser la norma, pues si bien otros entrevistados pueden reflexionar sobre sus actitudes pasadas, ninguno de ellos lleva tal reflexión al punto de cuestionar uno de los hitos fundacionales de la “Edad Dorada” de la Universidad, es decir, el vaciamiento de la universidad peronista que permitiría luego la reconstrucción bajo los parámetros de la “excelencia académica”. Es más, podría ponerse en duda si el mismo entrevistado no se muestra incapaz de repetir el ejercicio mental para evaluar los motivos de su oposición al peronismo: uno de los fundadores de la Liga Humanista (agrupación de estudiantes de tendencia católica), plantea que desde un primer momento se opuso al gobierno de Perón por su organización de un sindicalismo adicto y verticalista, y porque “el Estado totalitario hace que en definitiva tampoco la propia vida religiosa pueda realizarse” (Ivanishevich Machado, 1989: 6), cuando en realidad todos los estudios sobre la universidad de la época señalan que los sectores católicos y el humanismo en particular rompieron relaciones con el gobierno recién hacia los años 1953/1954.

Es interesante observar que este reconocimiento de un otro pasado en la entrevista a Rolando García se complejiza aún más a causa de una doble distancia con los acontecimientos narrados: no sólo distancia temporal sino también distancia física, pues García se encontraba en Estados Unidos cuando las fuerzas armadas derrocaron al gobierno de Perón. Sin necesidad de hacerse responsable por opiniones llevadas a la práctica, García (1988) es capaz de proyectar una mirada actual hacia su pasado, sin traicionar el propio recuerdo:

a las 7 de la mañana me llama un compañero por onda corta y empiezo a... no entendía nada de lo que estaba pasando. Me llama el compañero y me dice que los nombres de los que están ahí son peores de los [...] del gobierno, son los ultranacionalistas de extrema derecha. Digo, no sé. No sé si estuviera allá, a lo mejor tomara el fusil en defensa de Perón (2).

Estos entrevistados que realizan una relectura (ya sea más o menos crítica) a su accionar pasado y buscan reinterpretar el fenómeno peronista a una luz diferente a aquella que utilizaron en su juventud, son justamente los únicos que en sus posteriores carreras académicas y profesionales tendrán algún acercamiento al peronismo como partido político o gobierno. En esta clave deben ser leídos estos testimonios y contrapuestos a aquellos que hablan desde una universidad en algún punto aislada del campo político nacional o al menos del partido peronista que volvió al gobierno entre 1973 y 1976.

“Flor de ceibo”: el nivel académico de la universidad peronista

El término “flor de ceibo” aparece en la entrevista a Federico Westerkamp (1988: 6) y remite a la forma coloquial con la que los estudiantes de la época caricaturizaban a los profesores designados por el peronismo y acusados, a la vez, de carecer de suficiente nivel académico:

acotándolo al área de Ingeniería y Ciencias Exactas que estaban en ese momento juntas o separándose administrativamente, efectivamente no había profesores que tuvieran no digamos un nivel universitario, un mínimo nivel posible, no existían prácticamente, debería decir totalmente profesores con dedicación exclusiva, no existían estudiosos que realizaran investigación y aunque pareciera, eh, con un cierto contenido de gorilismo decirlo, pero de ninguna manera me siento cargado de ello, había una pléyade significativa de gente caracterizada por un marcado servilismo al gobierno de entonces (Danon, 1988: 1).

Testimonios más o menos similares pueden encontrarse en la mayoría de las entrevistas, siempre que el tema es planteado en términos generales. En cuanto los entrevistados ofrecen sus propias vivencias de la época, los testimonios comienzan a divergir y mostrar excepciones a la regla antes expuesta. Así, es posible encontrar

un recuerdo contrario a cada una de las ideas presentes en el consenso construido alrededor de la universidad peronista.

Américo Ghioldi (1989), por ejemplo, que fue estudiante durante todo el período (de 1946 a 1957), reconoce que en términos académicos “era una buena facultad” y que contaban con “excelentes” profesores, lo que para él quedaba confirmado en el momento en que el estudiante salía al mercado de trabajo o seguía sus estudios en el exterior: “cuando uno iba a facultades como las de Estados Unidos, o Europa podría ser, pero vamos a decir Estados Unidos, le ven las materias que dan y lo aceptan de inmediato”. Más adelante en la entrevista vuelve sobre este tema: “Nuestra teoría era excelente y ya le digo que fue bien avalada; faltaba práctica [...] Los profesores, los nuestros, los nuestros estaban actualizados; había una excelente —para la época—, una excelente biblioteca donde llegaban las revistas más importantes” (pp. 8 y 20).

Con respecto a las dedicaciones exclusivas, pilares (según indican los mismos entrevistados) de la reconstrucción de la Universidad luego de la Revolución Libertadora, Federico Westerkamp (1988) dice: “yo diría que se iniciaron durante el peronismo, allí por el año 48, por lo menos en mi facultad, ¿no?, que era Ciencias Exactas. Se iniciaron allí cuando se contrató como profesor *full-time* al físico alemán [Ricardo] Gans”; a continuación, y con cierta dificultad, recuerda los nombres de Balseiro, Kurt Freiet [sic], González Domínguez, Yacobson [sic], “y varias personas más” (1). Todos ellos sólo en el área de Física.

Sobre la investigación realizada en el período, varios de los entrevistados coinciden en que una continuidad con el período anterior es que se mantuvo una investigación en “ciencia pura” desvinculada de potenciales aplicaciones tecnológicas. En palabras de Víctor Rietti (1988): “Uno sí, uno podía hacer ciencia pura y aspirar al Premio Nobel y aun ganar el Premio Nobel, como lo han ganado varios científicos. Nos complace y nos honra a todos, ¿no? Pero... no es eso lo que hay que hacer” (3 y 4). Sin embargo, aun

respecto a esta investigación básica sin aplicaciones concretas inmediatas, es posible recuperar algo más que el simple “atraso” con respecto a los países centrales: “los que introdujeron la investigación fueron los trabajos de tesis que se hicieron entonces, ¿no? Eh, yo no diría que era investigación de nivel mundial porque, que por lo común eran temas más bien, este, atrasados, ¿no? La Facultad no estaba al día con la investigación mundial pero hacía un trabajo original, original aunque en temas que no tenían demasiada relevancia” (Westerkamp, 1988: 2).

Los recuerdos de los entrevistados también difieren, por último, alrededor de la “pléyade significativa de gente caracterizada por un marcado servilismo al gobierno”. Si bien todos reconocen la intervención del peronismo en el nombramiento de docentes cercanos a la ideología oficial, los recuerdos sobre los alcances de dicha intervención no podrían ser más variados. Paulero (1988) llega al extremo de plantear que “en facultades como la nuestra, la de Exactas y Ciencias Naturales, había un solo tipo del peronismo, que era el decano que había en ese momento, el profesor Leanza, que nosotros lo quisimos dejar [...] porque él era paleontólogo y es una de las ramas que, digamos, que todavía está muy poco desarrollada en el país y cuando hay una personalidad más o menos importante en ese tipo de disciplina, es este, cuando vos tenés que cuidarla, porque es alrededor de los cuales se puede llegar a formar alguna escuela más o menos importante” (1). No sólo, entonces, minimiza al máximo la intervención peronista en la facultad, sino que además plantea que el único docente peronista era alguien que debería ser conservado luego de la caída del gobierno en vista únicamente de sus calificaciones académicas.

La deconstrucción de un consenso

No es suficiente, por supuesto, este breve análisis para refutar o siquiera cuestionar el consenso dominante en la época sobre la universidad peronista; para tal propósito sería necesario contraponer los testimonios aquí recopilados con fuentes de otros tipos, que per-

mitan corroborar empíricamente muchos de los datos y apreciaciones que los entrevistados recuperan de su experiencia personal. Lo que el trabajo con fuentes de historia oral ofrece de mayor valor es la posibilidad de acceder a la forma específica en que un individuo o grupo construye memoria en torno a un determinado objeto, proceso en el que entran en juego interpretación, reinterpretación y organización de recuerdos, así como también el olvido consciente de ciertos elementos disruptivos del esquema general que se ha construido (Benadiba y Plotinsky, 2005). Así, la intención de este apartado es la de mostrar cuáles son los elementos que, presentes en el recuerdo, son descartados a la hora de construir una memoria coherente sobre el período y sobre el rol que dicho período ocupa en una cronología más amplia de un desarrollo científico que encuentra su punto más alto en la universidad de mediados de los años sesenta.

En este sentido, es posible señalar dos tipos de discursos de la memoria: uno más formalizado y estereotipado que indica un punto de vista colectivo (consensuado) y que se nutre de nuevos elementos, ajenos a la experiencia personal (como por ejemplo la historiografía dominante sobre el período); el otro, íntimo, que remite a la experiencia directa, a la anécdota y a un tipo de memoria más ligada a las sensaciones y los afectos. Si bien ninguna de las vivencias antes citadas tiene por sí misma la capacidad de poner en duda el cuadro general sobre el peronismo en la universidad (aceptado tácita o explícitamente por la gran mayoría de los entrevistados), ellas muestran la tensión entre dos tipos de memoria distintos que conviven dentro de un mismo testimonio. El primer tipo de memoria parece monolítico en una primera aproximación sólo porque el segundo tipo de memoria surge en la entrevista de forma indirecta, siempre que el entrevistador repregunta o indaga sobre un tema específico, o cuando un recuerdo remite a otro de carácter más personal, relacionado con una anécdota interesante, divertida, afectiva, etc. La necesidad de los entrevistados de relegar este tipo de recuerdos a un segundo plano, por otra parte, está dada por las característi-

cas mismas de la entrevista pautada:⁷⁶ es claro que su centro está puesto en la “edad dorada” de la Universidad, sobre ella giran la mayoría de las preguntas, sobre ella quieren hablar los entrevistados:

¿Después del 55? Hhhmmm... [pausa]
No. Recuerdo bien el proceso después del 66. [...] Pero después del 55, Hhhmmm, este... no... [...] No, no. Un momentito, me parece que hay una confusión. En el 55 no hay una diáspora... en el 55 hay un retorno de algunos que habían sido sacados por el peronismo. Hubo, sí, una cierta... digamos alejamiento de profesores en el 45... cuando [Bernardo] Houssay... la Marcha por la Libertad y la Democracia [sic], todo eso. Y hubo en el 66 un alejamiento mucho más numeroso, que fueron, digamos, los que no aceptaron el avasallamiento de la Universidad (Pauleiro, 1988: 2).⁷⁷

Tratando de superar las limitaciones implícitas en el hecho mismo de trabajar con fuentes orales construidas por otros historiadores, es posible señalar algunas conclusiones provisionarias que sirven para demostrar la necesidad y pertinencia de nuevas líneas de investigación y aproximaciones metodológicas a la historia de la ciencia argentina en general y específicamente a la comprendida entre los años 1946 y 1955.

76 En este punto se ha tomado como guía lo planteado por Jorge Aceves (1988) sobre la influencia de los objetivos del proyecto de historia oral sobre los testimonios obtenidos en su realización: “La memoria que se expone y se discurre es entonces una síntesis de la evocación premeditada y jerarquizada, enmarcada en la situación social y respondiendo a las expectativas acordadas, negociadas o unilateralmente establecidas por la situación social de la interacción de la entrevista de historia oral” (9).

77 Nora Pagano pregunta exclusivamente por los cambios en el plantel docente después del golpe de 1955, sin mencionar en ningún momento la intervención de Onganía a las universidades en 1966; allí termina la intervención de la entrevistadora, las relaciones y jerarquizaciones establecidas en el testimonio corren exclusivamente a cuenta del entrevistado.

Por un lado, la entrevista a individuos que se encuentran en la fase de “revisión de vida”⁷⁸ permite el acceso a una serie de datos empíricos que pueden ser usados en la relectura de fuentes escritas, pero más importante aún es la información que nos brinda sobre las representaciones mentales de los hechos relatados. La comprobación de un uso selectivo de la memoria por parte de este grupo demuestra que la identidad particular que han construido a través de él cumple con una determinada función social, pues si la misma no existiera la memoria dejaría de reproducirse con las características específicas desarrolladas anteriormente. Según Philippe Joutard: “Desde el momento en que una comunidad toma una cierta conciencia de sí misma, tiene su memoria institucional y oficial. Inclusive es para ella una cuestión vital, cuando es débil y está amenazada” (Joutard, 1999: 216). Aplicando esta hipótesis general al caso específico de la comunidad científica argentina durante el período estudiado, sería posible advertir lo endeble de su situación institucional como el motivo que explicaría la necesidad de una memoria grupal consensuada frente a la amenaza (real, o al menos percibida como real) que encarna el peronismo.⁷⁹

Por otra parte, la extrema coincidencia de la memoria colectiva con la historiografía dominante en el período llama la atención sobre los mecanismos de transmisión y construcción de memoria en un sentido amplio (es decir, no sólo en lo que respecta a recuerdos personales o vivencias directas), que entran en juego entre el campo historiográfico y los académicos ajenos a él, y en el cual la interacción con la palabra escrita debe ser entendida como una demostración de un interés particular antes que

como falta de “autenticidad” del testimonio. La capacidad de olvido consciente de ciertos elementos disruptivos de una historia coherente y de la propia actuación en dicha historia, y los cambios en el discurso que marcan la ruptura con la memoria colectiva para recuperar espacios de individualidad caracterizados muchas veces por la ironía, el humor o el sentimiento, señalan, por último, la capacidad de la historia oral para deconstruir un consenso social e historiográfico que, desde otras perspectivas de análisis, podría parecer indiscutible.

Por último, en lo que respecta específicamente a la memoria de la política universitaria peronista es posible advertir que la misma posee numerosas líneas de fuga, contradicciones y anacronismos. Diez años de gobierno universitario son reducidos a un simple punto de referencia, al preámbulo de “otra” (la verdadera) historia de la universidad argentina. Numerosos elementos presentes en la memoria individual de los protagonistas de la época, sin embargo, permiten entrever las posibilidades de avanzar en un estudio de las características específicas del campo académico durante las primeras presidencias de Perón. Un contexto, como el actual, en el que la comunidad científica ya no se encuentra bajo la amenaza de la intervención y la persecución política, por otra parte, permite discutir y reformular críticamente la memoria colectiva, incluyendo en la misma fenómenos y procesos que hasta hoy le son ajenos.

Conclusión

Decir que las interpretaciones antes presentadas sobre la historia de la ciencia durante el peronismo dominaron la segunda mitad del siglo XX, no implica que hoy no se sigan produciendo trabajos que remitan a las perspectivas de análisis de Halperín. Sin embargo, al menos desde mediados de la década de 1990 este consenso ha comenzado a ser puesto en duda, no tanto en la discusión historiográfica sino más bien en la misma práctica de la investigación. Estos textos no necesariamente polemizan con la historiografía precedente, ni han planteado una crítica metodológica explícita como la en-

78 Concepto que Gwyn Prins (1996: 17) toma de la psicología para referirse a las personas de edad que se encuentran en una posición privilegiada para transmitir sus experiencias tanto por el propio “depósito de información” que completan a través de relaciones personales como por su predisposición a dejar testimonio de su vida.

79 “Una mentalidad colectiva se define más por lo que rechaza que por lo que acepta y lo imaginario guía tanto al comportamiento humano como la percepción de la realidad” (Joutard, 1999: 292).

sayada anteriormente, pero esto no les impide ofrecer interpretaciones superadoras. Nuevas investigaciones concentradas en otras universidades nacionales han comenzado a polemizar con una perspectiva historiográfica que durante décadas había supuesto que el estudio de la historia de la UBA era el estudio de la universidad argentina en su conjunto. Es entre estas nuevas líneas de investigación que el actual estudio busca insertarse, integrándolas a su vez en una revisión crítica del consenso que aún subsiste en muchos ámbitos de la academia y la cultura de masas sobre la relación entre ciencia y peronismo.

Referencias bibliográficas

- Aceves, J. (1988). Las fuentes de la memoria: problemas metodológicos. *Voces recobradas*. Veracruz: Asociación Mexicana de Historia Oral.
- Almaraz, R.; Corchon, M. y Zemborain, R. (2001). *¡Aquí FUBA! Las luchas estudiantiles en tiempos de Perón (1943-1955)*. Buenos Aires: Planeta.
- Benadiba, L. y Plotinsky, D. (2005). *De entrevistadores y relatos de vida: Introducción a la Historia Oral*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Bernaola, O. (2001). *Enrique Gaviola y el observatorio Astronómico de Córdoba. Su impacto en el desarrollo de la ciencia argentina*. Buenos Aires: Ediciones Saber y Tiempo.
- Cereijido, M. (2001). *La nuca de Houssay. La ciencia argentina entre Billiken y el exilio*. México: FCE.
- Danon, F. (1988), estudiante de la Facultad de Ciencias Exactas durante el peronismo, entrevistado por O. Sola.
- García, R. (1988), estudiante y docente de la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA durante el peronismo, entrevistado por D. Schwarzstein.
- Gelon, A. (1988), estudiante de la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA durante el peronismo, entrevistado por N. Pagano.
- Ghioldi, A. (1989), estudiante de la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA durante el peronismo, entrevistado por G. Villarruel.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- Halperín Donghi, T. (1962). *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba.
- Ivanissevich Machado, L. (1989), estudiante y docente de la Facultad de Ciencias Exactas durante el peronismo, entrevistado por G. Castagnola.
- Joutard, P. (1999). *Esas voces que nos llegan del pasado*. Buenos Aires: FCE.
- Klimovsky, G. (1988), estudiante de la Facultad de Ciencias Exactas durante el peronismo, entrevistado por P. Funes.
- López Dávalos, A. y Badino, N. (2000). *J. A. Balseiro: crónica de una ilusión*. Buenos Aires: FCE.
- Mangone, C. y Warley, J. (1984). *Universidad y peronismo*. Buenos Aires: CEAL.
- Mariscotti, M. (2004). *El secreto atómico de Huelmul. Crónica del origen de la energía atómica en Argentina*. Buenos Aires: Estudio Sigma.
- Paulero, H., estudiante de la Facultad de Ciencias Exactas durante el peronismo, entrevistado por O. Sola.
- Portelli, A. (1991). Lo que hace diferente a la historia oral. En D. Schwarzstein (comp.), *La historia oral*. Buenos Aires: CEAL.
- Prins, G. (1996). Historia Oral. En P. Burke (comp.), *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Riatti, V. (1988), estudiante y presidente del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Exactas durante el peronismo, entrevistado por N. Pagano.
- Westerkamp, F. (1988), estudiante de la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA durante el peronismo, entrevistado por O. Sola.